

acompañada hasta otro pueblo donde estaban los Padres en la Iglesia confesando con gran concurso de gente, y púsose á los pies de uno de ellos con tantas lágrimas y sollozos, que en buen rato no se pudo dar á entender su intento, hasta que habiéndose quietado, dijo: ¿qué había de hacer ella y cómo se había de salvar, si le faltaba la compañía de los Padres? Que ¿quién le había de enseñar el aprovechamiento de su alma? Consolábala el Padre, industriándola en el temor de Dios y en algunas devociones y en el afecto á los Santos Sacramentos, dándole orden de cómo había de hacer algunas penitencias, satisfaciendo á sus dudas y preguntas, en que mostraba bien el deseo de su salvación; finalmente, mientras duró la misión no cesaban de noche ni de día las confesiones de sanos y enfermos, y en todas partes se ganaba el Jubileo de las misiones. Y pudiéramos referir aquí otras muchas muy semejantes á ésta, que por los Padres que moran en nuestras casas de México se han hecho, si no pretendiéramos la brevedad; contentándonos con escribir el abundante fruto de ésta, que sea muestra de otras casi innumerables que en la forma dicha se han hecho en varios tiempos y pueblos del Arzobispado.

CAPITULO XII.

OBRAS MILAGROSAS QUE DIOS NUESTRO SEÑOR,
POR LOS MERECEMIENTOS
DE SU GRANDE SIERVO Y PATRIARCA NUESTRO,
SAN IGNACIO DE LOYOLA,
SE HA DIGNADO HACER EN EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA.

§ I.

Milagros varios, que por la intercesión del Santo ha obrado Dios en beneficio de la salud de cuerpos y almas.

Siendo esta historia, como lo es, historia de obras santas, de trabajos evangélicos, de frutos copiosos que los hijos de San Ignacio, nuestro Padre, ayudados de la divina gracia y de la doctrina que aprenden en la escuela de su santo Patriarca, han cogido para el Cielo en la extendida Provincia de la Nueva España, no será fuera de propósito que en la historia de esta misma Provincia se escriban y publiquen las maravillosas obras que el Santo en ella desde el Cielo ha obrado, ó por mejor decir, Dios por sus merecimientos y para gloria de su grande siervo, ha manifestado en este Nuevo Mundo.

Y aunque podemos añadir que no falta razón y título para decir que todas las obras maravillosas, acciones insignes, ejemplos admirables que se cuentan por toda esta historia, que han obrado los hijos de la Compañía en el Reino de la Nueva España, todo esto le pertenece á nuestro Padre San Ignacio; á la manera que la sabiduría de

los discípulos pertenece y es gloria de los maestros de quien la recibieron, y la nobleza y riqueza que recibieron los hijos se la deben á sus padres; pero porque nuestro glorioso Patriarca no sólo ha ayudado á este extendidísimo Reino por medio de tantos hijos santos y varones ilustres que en él han trabajado y florecido en santidad y letras, sino que por sí mismo en muchas y varias ocasiones ha obrado insignes beneficios y obras maravillosas, tenemos por debido y justo, que esas maravillas, para gloria de Dios y de sus santos, se publiquen en esta historia, y como en otras se han publicado las que en otras varias Provincias y Reinos ha obrado, así no queden en silencio las que en éste de la Nueva España, por medio de su intercesión, la divina Bondad ha manifestado. Imitando en esto al gran Pontífice de la Iglesia, San Gregorio, que aunque tan ocupado en tan grandes obras como las que hizo en beneficio de la Santa Iglesia, se puso á escribir, en cuatro libros, las milagrosas que en el Reino de Italia obró su Padre San Benito.

Y aunque es verdad que si quisiésemos contar y juntar aquí todas las maravillas que Dios Nuestro Señor, por los merecimientos de su gran siervo Ignacio, ha obrado en esta Provincia, fuera hacer una prolija historia; pero no es razón que por ser tantas, todas se queden en silencio y olvido sepultadas; y así, nos contentaremos con coger de ellas las más ilustres, memorables y señaladas; y pareció este lugar más á propósito para escribirlas, porque como vamos tratando de los trabajos y abundantes frutos espirituales que los Religiosos de nuestra Casa Profesa (que es la cabeza de la Provincia), por medio de sus ministerios han cogido, viene bien que juntemos á las obras santas de estos hijos las obras maravillosas de su Padre, que como tal desde el Cielo los favorece, los ayuda y gobierna. Y advierto que no repetiré aquí los casos maravillosos que en nuestra historia de los Triunfos de la Fe escribí haber obrado nuestro Santo Padre en aquellas misiones entre bárbaros, como ni tampoco escribiré los que han sucedido en otras Provincias fuera de la Nueva España. Y daremos principio por una obra milagrosa, que fué muy célebre, manifiesta y con no pocos testigos comprobada. «En la ciudad de México, año de 1611, cayó una doncella tan gravemente enferma, que su padre (que era médico) no le daba á su hija más que tres horas de vida, y al parecer no se engañaba, porque la enferma tenía ya perdida el habla y juntado el pecho; y estando de esta suerte, llegó un Padre de los nuestros con la firma de nuestro Padre San Ignacio, y puesta sobre la enferma, en tanto que hacía la recomendación del alma (porque ya había llegado á esos términos la enfermedad), cuando todos pensaban que se moría, se quedó dormida, y de allí á un rato, la que no hablaba, despertó con el nombre de San Ignacio en la boca y libre de calentura y del peligro de la muerte en que estuvo. Y en hacimiento de gracias por este beneficio, hizo la devota doncella voto de ser Religiosa, y lo cumplió, después de haber hecho unas novenas y ofrecido un voto de cera al altar del Santo Padre.»

No fué menor peligro de muerte del que se libró en la misma ciudad y en el mismo año, un día, víspera del de nuestro bienaventurado San Ignacio, y por su devoción, un hombre honrado, enfermo, que estando descuidado en su casa y en su cama á solas, entró de repente un enemigo suyo con la espada desenvainada á matarle, y viéndose

el enfermo destituido de todo favor humano y en aquel evidente peligro de la vida, sin acordarse de dar voces en su casa, acudió á implorar el divino auxilio por medio de nuestro santo Padre, á quien invocó con las veras que se puede presumir lo haría en tal ocasión. Cosa maravillosa, que al punto se turbó y cortó el hombre que iba tan furioso, de manera que se le cayeron los brazos y la espada de la mano, y una sola mujer que llegó lo echó á enviones en la calle; sanó el enfermo y luego dió cuenta á los nuestros del milagro, y quedó tan agradecido á Dios y á nuestro santo Padre, que le levantó un altar en su casa y colocó en él una muy rica imagen suya, y á la Casa Profesa dió de allí adelante cada semana ocho reales de limosna.

Año de 1626, una señora muy devota de nuestro santo Padre Ignacio, que frecuentaba á menudo los Santos Sacramentos y recibía muy grandes favores y mercedes de Nuestro Señor, por intercesión del Santo, mujer noble y principal, de grande virtud y ejemplo, estando una vez enferma, en la cama, muy afligida y congojada con la enfermedad que padecía, envió á llamar á su confesor, que era un Padre de los nuestros, para confesarse y consolarse en su fatiga; llegó el Padre donde la enferma estaba, hallóla afligida y con muy grandes congojas y ansias, muy flaca y descolorida, y tal, que apenas podía hablar palabra, el pulso flaco sobremanera; confesóla muy despacio, y diciéndole las palabras de la absolución se quedó absorta y arrobada. Hablábala su confesor y no respondía, llególe una candelera para ver si estaba muerta ó le había dado algún paraxismo, y algunos de los circunstantes juzgaron que ya se había muerto; pero tocáronle los pies, manos y rostro, y vieron que estaban calientes; dos hijas suyas dijeron que aquel achaque le solía dar no pocas veces, quedando sin sentidos, y que dentro de una hora ó dos solía volver en sí. Estándola mirando los que estaban presentes en aqueste éxtasis, repararon todos que se le iba poniendo el rostro muy hermoso y lleno, como si no hubiera tenido mal alguno, y habiendo estado de esta suerte tres cuartos de hora, sin pestañear ni hacer movimiento alguno, comenzó á extender las manos y á decir con grande afecto (aunque algo entre dientes): «Santo mío.» Y de allí á un rato volvió en sí, y hablando con su confesor, le dijo: «Padre mío, ya estoy buena, ya estoy buena, no tengo ya nada, gracias á Dios.» Preguntáronle si le dolía la cabeza ó tenía las ansias y congojas que antes había mostrado; respondió que nada le afligía, que ya estaba buena. Halláronse presentes dos Religiosos, cinco hombres seglares y cuatro mujeres, y todos dieron gracias á Dios, teniendo éste por grande milagro; el Padre, cuando llegó á confesar á la enferma, advirtió que tenía en la mano una estampa de nuestro santo Padre Ignacio, y que se estaba encomendando á él muy de veras. Hizo, pues, el Padre, apartar la gente, y preguntando á la enferma quién le había dado salud y á quién había visto, respondió que vio á San Ignacio muy hermoso y resplandeciente, con una corona llena de resplandores, y que él le había sanado. Preguntóle más el confesor, de qué estaba vestido y qué le había dicho; respondió que estaba con un manto y sotana, y que le veía tan lejos que no le podía hablar por más que lo deseaba. La mejoría de la enferma se continuó, y los que la habían visto antes tan enferma y flaca y después la vieron con tan grande mejoría, tuvieron por manifesto milagro el suceso; y de estos, le pasaron otros muchos á la misma persona. Porque solía ir á la Igle-

sia tan enferma, que apenas se podía tener en pie, y habiendo estado cuatro y cinco horas de rodillas después de haber comulgado y dado gracias, volvía á su casa buena y sana. Y este caso sucedió en la ciudad de México, donde es grande la devoción que se tiene al Santo; y no son pocas las veces que por todo el día vienen á velar en oración á su altar, encendiendo en él muchas candelas de cera.

No sólo con españoles y personas poderosas se ha mostrado benigísimo nuestro santo Patriarca, sino también con los pobres indios. Tenía un pobre indio un solo hijo, á quien había puesto por nombre Ignacio, por la devoción que él tenía á nuestro santo Padre. Adoleció este niño de una grave enfermedad, que lo llevó á las puertas de la muerte; sus padres y abuelos, que lo querían con extremo, acudieron á velar con él á la capilla de nuestro Padre San Ignacio, que tiene en la Iglesia del Colegio, y pusieron dos velas encendidas en el altar del Santo, pidiéndole, con lágrimas, alcanzase de Dios salud para aquel niño, pues desde que nació se lo habían ofrecido por su hijo. Hecha esta oración, volvieron á ver el niño, y halláronle ya sin pulsos y casi sin aliento; y conformados todos con la voluntad de Dios, aunque con sentimiento de la prenda que tanto amaban, comenzaban á poner las cosas necesarias al entierro. En esto se adormeció el abuelo, vencido de dolor y de tristeza, y vió en sueños á nuestro Padre San Ignacio con un Jesús en una mano y con su nieto en otra, que le decía: «No tengas pena, hijo, ni te aflijas, que no morirá tu nieto de ésta;» y juntamente vió que el niño extendía sus bracitos hacia él, como para abrazarle, riéndose. Despertó con este sobresalto el abuelo y fuese para el niño, y alzando un velo con que ya le tenían cubierto como difunto, halló su sueño verdadero y que estaba su nieto sano y bueno; por lo cual, dieron muchas gracias á Dios y á nuestro santo Padre, por el grande beneficio que habían recibido por su intercesión.

En algo semejante al pasado es el caso que se sigue, y no menos notable, que sucedió el año de 1615 á una buena india vieja, que viniendo á nuestra Iglesia del Seminario de indios de San Gregorio, desde su pueblo, distante una legua de esta ciudad de México, aquí le dió un hijo suyo, indiecico de los que se crían en esta casa, una estampa de nuestro santo Padre Ignacio, y ella la puso encima de una canasta que llevaba de ropa, volviendo de esta manera á su pueblo, y con un nietecico suyo en los brazos; sucedióle, pues, que en una calzada que á un lado y á otro tiene la laguna de México, y era el camino forzoso para su casa, se encontró con un toro que traían acosado unos vaqueros; no le pudo huir, y así, la embistió el toro, y guardándola Nuestro Señor, no la hizo más mal que con el gran golpe que le dió la arrojó al agua, pero quitóle el niño de las manos que llevaba, y asido de la faja se lo llevaba en sus astas; la buena india, en esta aflicción, acordándose de la estampa que llevaba, y con ella también de invocar el favor de Nuestro Señor, se hincó de rodillas y á voces le pidió socorriese á su nieto en aquel tan evidente peligro. Al momento (caso raro), bajando el toro la cabeza blandamente, puso al niño entre unas yerbas y pasó adelante. La abuela, gozosa de ver libre á su prenda, cogió al niño en los brazos, y volviendo por su canasta, la halló hundida en el agua; y sólo sentía, si se hubiese perdido, la estampa de nuestro santo Padre Ignacio que llevaba; pero halló, que aunque todo lo que había en la canasta se había mojado, la estampa estaba seca y enjuta.

Tomóla en las manos y con mucha reverencia y lágrimas la besó, reconociendo aquel beneficio á sí misma, y á su nieto y á toda su casa.

Y porque se entienda cuánto se ha extendido la devoción del Santo glorioso por todas las Provincias del dilatado Reino de la Nueva España, y cómo en todas ellas obra Nuestro Señor cosas maravillosas por su intercesión y merecimientos, escribiremos aquí la carta de un Sacerdote honrado y muy siervo de Dios, que el año de 1616 escribió á un Padre nuestro desde la villa de Culiacán, que dista de México casi trescientas leguas, en que le da cuenta de obras maravillosas que Dios había obrado en él por los merecimientos de San Ignacio, nuestro Padre, y dice así:

«Pues aquesta carta tuvo su exordio enfermo, contando mi enfermedad, razón será tenga su epílogo sano, contando mi salud milagrosa. Algunos meses había que estaba en la cama enfermo de gota; de manera que más parecía retrato de un hombre muerto, que de hombre vivo. Estando, pues, una noche entre otras, ya para partirme de aquesta vida, por haberme apretado mucho la gota, y siendo notorio mi peligro por toda la villa, vinieron muchos de ella aquella noche para velarme. Y estando á media noche, me apretó de manera que me hizo dar muy grandes voces; y no bastando muchos remedios, pedí por último, que me diesen una imagen de mi Santo Padre Ignacio; tomándola en las manos como pude, rogué á los circunstantes me ayudasen, y postrándose por el suelo y orando por mí, yo me puse á hacer un tierno coloquio con el Santo, con el mayor afecto que pude. Y estando en esto, entró de repente un furioso aire, no sé por dónde por estar todo cerrado y abrigado, y apagando las luces que estaban encendidas, quedamos todos en tinieblas, con pavor y espanto. Después de esto, entró en el aposento una luz tan clara y resplandeciente, que no parecía sino el mismo Sol, y no duró aquella luz más que por espacio de un Ave María, y luego desapareció. Y en encendiendo las velas, me levanté luego al punto bueno y sano, como si nunca hubiera estado enfermo, y dando todos juntos gracias á Nuestro Señor, por el beneficio recibido por intercesión del Santo, se fueron los demás á su casa; y si aqueste fué grande, como realmente lo fué, no lo fué menos el que se sigue. Ya sabe vuestra reverencia, el *panem nostrum quotidianum* que tenemos en aquesta villa, quemándose las casas tan á menudo. Estando, pues, una casa vecina quemándose á las dos del día, aunque llegó casi toda la villa á apagar el fuego, no pudo tan presto por estar el río donde traen el agua algo apartado, y por estar la materia de la paja tan bien dispuesta; y estando ya media casa abrasada, no habiendo otro remedio, traje la imagen de mi santo Padre Ignacio, y confiado en sus merecimientos, la eché en medio del fuego (que aunque fué temeridad, pero la necesidad era tan grande, que pues no nos echamos todos, fué milagro). Pero fué cosa maravillosa, que como si echásemos un mar encima de la casa, así se apagó y quedó la imagen sin lesión alguna; y los testigos de aqueste milagro son casi todos los de la villa que se hallaron presentes. De allí á algunos meses sucedió otro no menor que los pasados; porque yendo yo con otros de aquella villa, acompañando al Sr. D. Juan de Cárdenas, Padre de vuestra reverencia, que iba á visitar sus pueblos, yendo por un camino algo escabroso y lleno de arboleda, uno de los españoles, criados del Sr. D. Juan, iba en un potro, y con el ruido que hicieron unas

grullas al tiempo del volar, se espantó el potro, de manera, que derribando al mozo (aunque no del todo, porque le trabó de manera la espuela con el estribo, que quedó colgado), partió el potro por el campo, como si llevara al demonio en el cuerpo. Apéeme lo más presto que pude, y postrándome en el suelo, saqué la imagen de mi santo Padre, que siempre traigo por mi segurísima compañía, y teniéndola en las manos *de profundis clamavi*, de lo más íntimo de mi corazón le pedí que se apiadase de aquel desgraciado hombre. ¡Oh potencia de Ignacio! Luego al punto, el potro, que más parecía demonio en figura de caballo, según la velocidad y furia con que corría, se paró de manera que quedó como encogido, sin menear pie ni mano, y no parece sino que aguardaba á que quitásemos al desdichado hombre. Porque así como le quitamos el pie del estribo sin que pudiésemos detener al caballo, prosiguió su carrera tan furiosamente, que despeñándose por unas barrancas muy profundas, se hizo mil pedazos con silla y todo lo demás que llevaba, de manera que no fué de servicio ni provecho. El hombre, aunque quedó muy lastimado, pero con la cabeza pelada, y quedó tan desmayado que se pasaron más de cuatro horas primero que volviese en sí; pero ya está del todo bueno y sano. Estas son las maravillas y portentos que Dios Nuestro Señor obra por esta tierra por intercesión de mi santo Padre Ignacio.» Hasta aquí es el capítulo de la carta de este Sacerdote.

Muestra también de la benevolencia y cariño del glorioso Santo, para los que en el Reino de la Nueva España se han querido valer de su intercesión, será el caso que se sigue. Sucedió el año de 1618 en la comarca ó Provincia de Chalco, distante ocho leguas de la ciudad de México; había unos casados, marido y mujer, muy devotos de nuestro santo Padre Ignacio, y por serlo, deseaban tener su santa imagen. Por no hallarse allí otro artífice que la pintase, sino un indio, y por ser indios los más que pueblan esta comarca, el pintor, por no haber visto otra pintura del Santo para trasuntarla, ni alguno de la Compañía para pintarla á su imitación, delineó la imagen disformemente, y no en la forma con que se suele pintar al Santo, y la dejó así por tiempo de dos años; sintieronlo sus devotos, y estuvieron con deseo de que por allí pasase alguno de la Compañía, para que, conforme á su hábito, se pintase la imagen. La mujer, que en particular era devota del Santo, pedía á Nuestro Señor con instancia le cumpliera su deseo. Cuando un día pasó por allí uno, que no se pudo saber quién fuese ni adónde iba, ni de dónde venía, y se persuadieron los devotos que había sido el mismo Santo, porque con su vista el pintor, que era muy mediano artífice, sacó la imagen tan perfecta, que por ella cobraron muchos grande devoción al Santo; y afirmaban, que por estas imágenes había hecho Nuestro Señor muchas maravillas; y habiendo trasuntado de ella otras muchas imágenes, se valían de ellas en sus enfermedades y trabajos.

Y si se hubieran de referir los milagrosos sucesos que ha obrado la divina Bondad en sólo la ciudad de México, por medio de una carta y firma que se guarda de nuestro santo Padre, y medallas de su retrato, no acabaríamos de contarlos; pero rematará este párrafo el caso que sucedió, año de 1637. Iba un mancebo virtuoso por una calle de México, cuando de repente le sobrevino un accidente mortal, pasando hora por él, y echando gran copia de humor por boca y narices, quedó

sin sentido por tres horas; y llevado á su casa, ningún remedio ni medicina fué poderoso para volverle en sí, y volverle el habla que había perdido. Estando en este estado, enviaron por la firma de nuestro Padre San Ignacio, que para otra enferma se había enviado allí cerca (que esta santa reliquia no la dejan parar en nuestra casa); en aplicándosela al doliente sin hablar, se levantó sano y bueno, y él mismo se admiraba de su repentina salud, y no sólo libre de aquel mortal achaque, sino también de otros que padecía; guardando Dios esta sanidad para cuando se le aplicase la firma de su grande siervo San Ignacio.

Y cierre este género de milagros el muy insigne que nos escribieron á México el año de 1647 los Padres de una de las misiones que entre gentiles tienen de su cargo los de la Compañía en este Reino de la Nueva España, y sucedió el caso en un pueblo que pertenece á la misión de tepehuanes, llamado el Tironaco. En el cual, habiendo sobrevenido repentinamente á un hijo de un gentil un accidente que lo dejó sin rastros de vida, trataban ya de sepultarle los gentiles, que en grande número habían concurrido á lamentar la desdicha de su difunto. Lastimado un Padre misionero que asistía cerca á la administración de cristianos, se partió para ver si podía tener remedio aquella alma, y en llegando les dijo á sus padres que si le daban palabra de bautizarse, recabaría de Dios, por medio de San Ignacio (cuya reliquia llevaba consigo), la vida de su hijo difunto; prometieronlo aquellos gentiles si tal sucediese, y alentado del favor divino, dijo sobre él el Evangelio que se reza el día del Santo, con su oración y otra de la Virgen; puso la reliquia sobre el corazón de aquel muchacho, y llamándole por su nombre, instantáneamente se levantó bueno y sano con admiración de los presentes, á quienes con esta ocasión el religioso Padre hizo una plática sobre aquella maravilla, con tan buen efecto, que á la tarde pidieron el Santo Bautismo los padres, abuelos y hermanos del mozo que había muerto, y dentro de seis días otros catorce de los que vieron el milagro. El cual se divulgó por toda la comarca, cobrando de allí adelante, con nuestro santo Patriarca, más afectuosa devoción; de cuyo patrocinio después se valieron en una recia peste que acometió á todos aquellos naturales, y de donde se escribió que había sido rara la sucesión de milagros con que Dios, por medio del Santo, los había favorecido. Porque siendo este género de peste que da á los indios de tan malignante naturaleza, que de ordinario arrasa las poblaciones, llevándose pueblos enteros á la sepultura; pero todos los que pidieron que se les aplicase aquella reliquia ó medalla de San Ignacio que tenía el Padre, se libraron de la muerte.

§ II.

Milagros que ha obrado nuestro Padre San Ignacio, en oposición de los demonios en el Reino de la Nueva España.

Desde el punto que Dios Nuestro Señor, por su infinita misericordia, apartó y segregó á nuestro Padre San Ignacio de la milicia temporal y terrena, para hacerlo capitán de otra milicia y compañía de

soldados que, libertando las almas tiranizadas de Satanás, las encaminase al Cielo; ha sido grande la guerra que á este tirano le ha hecho y grandes las presas que le ha sacado de sus garras, de que cada día tenemos nuevos ejemplos; y aunque son muchos los de este género que han sucedido en lugares y Provincias de esta Nueva España, escogeremos algunos de los sucedidos en la ciudad de México. En ella hubo el año de 1609 una moza de color pardo, perseguida de otra enemiga suya y que había fama que á las otras persecuciones añadía algún bocado ó bebedizo ponzoñoso, con que desesperada la perseguida se ofrecía varias veces al demonio; y en efecto, permitiéndolo así el Señor, se apoderó de ella manifiestamente. Porque siendo mujer ignorante hablaba en latín, griego y hebreo con muchas personas de estas que acudían á verla, y manifestaba cosas ocultas que ella por sí era imposible saberlas; hacía gestos y visajes horribles, con esto, era grande la multitud de gente que acudía y muchos los remedios que se intentaban, y en especial el de los exorcismos de la Iglesia, pero todos sin fruto. Al fin, uno de los que estaban presentes, movido á compasión, viniendo á llamar á un Padre de nuestra Compañía que socorriese á aquella miserable en trance tan peligroso, porque ultra de estar endemoniada estaba gravemente enferma; encontró en el camino al Padre Rector de nuestro Colegio, y hecha relación del caso fué allá, y entrando con mucha dificultad, porque apenas se podía romper por la multitud de gente que había concurrido, llegó á la enferma, y sacando una firma de nuestro Padre San Ignacio, que de ordinario traía consigo, se la puso sobre la cabeza; al punto ella comenzó á hacer nuevos y espantosos visajes, pero en breve se quietó, y repetía las palabras santas que el Padre le iba diciendo, aunque con notable dificultad, porque al parecer le anudaban la garganta, y la lengua la tenía tan gruesa que apenas le cabía en la boca. Díjole el Padre un Evangelio, encomendándola muy de veras á Nuestro Señor, á la Virgen Santísima y á nuestro Padre San Ignacio, y pidió á los circunstantes hiciesen lo mismo; con esto se quietó y volvió en sí totalmente, la que por medio de tantos exorcismos no había sido remediada; y preguntada si quería confesarse, respondió que sí, con afecto grande, y diciéndole que mirase con quién se quería confesar de muchos Sacerdotes que estaban presentes, dijo que con el Padre que le había puesto la firma. Aquí, dando los demás lugar, él se quedó y la dispuso y ella hizo una confesión general de toda su vida, con tanta distinción y sentimiento, que causó grande admiración al mismo Padre que la confesaba; y absuelta, entró la gente que no cesaba de alabar al Señor, que así honra y engrandece á sus santos; y la mujer quedó tan agradecida por el beneficio recibido, que prometió, si Dios le daba vida larga, gastarla toda en su divino servicio, encerrada en un Monasterio, porque bien echaba de ver que el mundo le era de grande tropiezo. A nuestro santo Padre Ignacio prometió de rezar la parte del Rosario á la Virgen, en honra suya y en memoria de aquel beneficio, todos los días de su vida; con esto se quedó quieta, y hablando tierna y afectuosamente de las cosas divinas, con espanto de los presentes, que la veían tan trocada, y durándole esta buena disposición ocho días enteros, en paz y tranquilidad de conciencia, se la llevó el Señor según las buenas prendas que de su salvación dejó á todos; no teniendo por menor beneficio este buen fin de la intercesión